

Garbancito

En un pueblo tranquilo, rodeado de campos de trigo dorado y prados de flores silvestres, vivía una madre con tres hijos. Los mayores se llamaban Pere y Joan. Al pequeño lo conocían como Garbancito por su diminuto tamaño. Aunque era el menor, tenía una mente despierta y era el más valiente: siempre encontraba soluciones a los problemas.

Una mañana de verano, su madre les pidió que fueran al bosque a recoger leña para encender el fuego y cocinar. Bajo un sol brillante, los tres prepararon sus mochilas y tomaron el camino del bosque, que conocían bien.

Durante el trayecto, Pere y Joan empezaron a burlarse del pequeño.

—Garbancito, ¿seguro que aguantarás todo el camino? ¿No eres demasiado pequeño para este trabajo? —dijo Pere con una risa burlona.

Joan siguió su ejemplo:

—Quizá deberías volver con mamá y dejarnos la leña a nosotros.

Pero Garbancito no se dejó intimidar. Sonrió con confianza.

—No os preocupéis por mí. ¡Seré pequeño, pero puedo hacer lo mismo que vosotros y más!

Siguió andando con la cabeza alta, sin dejarse afectar por las burlas.

Dentro del bosque, el paisaje empezó a cambiar. Los árboles eran más altos y frondosos, y la luz que se filtraba entre las hojas dibujaba sombras danzantes en el suelo. Recogieron leña, pero cuanto más se adentraban, más oscuros y complicados se volvían los senderos. El viento suspiraba entre los árboles y movía las ramas como si el bosque estuviera vivo.

De pronto encontraron una vieja casa, con paredes de madera gastada y una ventanita por la que se veía una luz tenue. Parecía misteriosa en medio de tanta vegetación. Se acercaron con curiosidad. Garbancito, más prudente que sus hermanos, advirtió:

—Quizá deberíamos llamar antes de entrar. No sabemos quién vive aquí.

Pero Pere y Joan se rieron de su preocupación.

—¡Eres demasiado miedoso! ¡No hay nada que temer! ¡Este bosque es nuestro! —dijo Joan, abriendo la puerta sin esperar.

Dentro encontraron una mesa preparada con pan, queso y una jarra de agua fresca, como si alguien hubiera dispuesto el almuerzo. Sin pensarlo, los hermanos mayores se lanzaron sobre la comida, sin preguntarse de dónde venía ni a quién pertenecía.

Garbancito, en cambio, se sentía cada vez más inquieto. Algo no encajaba. Oyó un ruido fuera, miró por la ventana y vio una figura que avanzaba lentamente entre los árboles. Era una mujer mayor de aspecto extraño y mirada penetrante. Tenía el pelo blanco como la

nieve y un brillo malicioso en los ojos. ¡Garbancito comprendió que era una bruja!

Con el corazón acelerado, se volvió y gritó:

—¡Rápido, escondeos! ¡Viene una bruja!

Pero sus hermanos, con la boca llena de pan y queso, volvieron a reírse.

—No seas tan miedoso. ¡No hay ninguna bruja! Deja de hacerte el valiente.

Las risas se cortaron cuando la puerta se abrió con un crujido. La bruja los miraba desde la entrada con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué hacéis en mi casa? —preguntó con voz grave e intimidante.

Los mayores quedaron paralizados, con las manos temblorosas aún sujetando el pan. Garbancito también tenía miedo, pero mantuvo la calma. Sabía que no debía dejarse llevar por el pánico.

—Lo sentimos mucho, señora. Buscábamos refugio y no queríamos causar problemas. Ya nos íbamos —dijo con firmeza.

La bruja soltó una risa satisfecha y burlona, frotándose las manos.

—Ya que estáis aquí, no podéis marcharos sin jugar conmigo.

Los hermanos se miraron, desconcertados, pero creyeron que no tenían elección.

—Si resolvéis mi acertijo, os dejaré ir. ¡Si no, os convertiré en sopa!

La bruja planteó el enigma:

—Tengo teclas, pero no cerraduras; tengo espacio, pero no habitaciones. Conmigo puedes escribir, aunque no soy un lápiz. ¿Qué soy?

Pere y Joan se miraron perplejos, sin saber qué responder. Pasaba el tiempo y sus caras palidecían. Garbancito, en cambio, sonrió con confianza:

—¡Un teclado!

Sorprendida por la rapidez de su respuesta, la bruja lo miró con admiración.

—Has ganado —dijo frustrada—. Podéis marcharos, ¡pero no volváis nunca!

Los tres salieron corriendo de la casa, aún con el corazón acelerado. Cuando llegaron a su hogar, su madre los recibió con los brazos abiertos, sin sospechar la aventura que habían vivido. Por primera vez, Pere y Joan miraron a su hermano pequeño con respeto y admiración.

—Garbancito, eres el más valiente de los tres —admitió Joan con humildad.

Desde entonces dejaron de burlarse de él y lo trataron como al héroe que era. Garbancito siguió viviendo aventuras con sus hermanos y demostró que la verdadera valentía tiene que ver con el corazón y el ingenio, no con el tamaño.